

A pesar de que el brillante locutor de Televisión Española preguntara a Quino, creador de *Mafalda*, si no preferiría haber realizado una obra más mayoritaria en lugar de unas tiras sólo conocidas por un público minoritario e intelectual, Quino lleva vendidas más de ochocientos mil ejemplares de *Mafalda*, y no sólo ha alcanzado popularidad en Argentina, sino en otros países latinoamericanos y europeos. En España, el éxito de *Mafalda* sólo ha sido comparable al de Charlie Brown. Recientemente, Quino llegó a España. Estuvo en Madrid y en Barcelona. Llegó, muy alto, delgado, con un sólo pantalón, una única chaqueta de cuero negro y un jersey gris, su mujer y sus hermanos. Llegó en viaje turístico, camino de otros países europeos, y, desgraciadamente para él, coincidió con la fiesta del libro, en Barcelona. Se le aguardaba, con avalancha de periodistas, fotógrafos y citas en las librerías barcelonesas, para que firmara ejemplares a sus admiradores. La alarma llegó procedente de Madrid, donde Quino pasó unos días antes de llegar a Barcelona: Quino rehúsa entrevistas, fotógrafos... no se negaba a recibirlos, porque no se presentaba la oportunidad de decir no; el conserje del hotel daba siempre la misma respuesta: el señor Quino no está. Esther Tusquets, directora de Lumen y editora de *Mafalda* en España, puso el grito en el cielo. Se había organizado un coloquio en el Drugstore entre Quino, Perich y Cesc, y don José María Castellet de moderador. Se habían organizado firmas en librerías y los actos de rigor. ¿Asistiría Quino, llegaría a Barcelona y desaparecería casi por completo, como hiciera en Madrid? A las cero horas del Día del Libro, el Drugstore estaba lleno, con la asistencia de escritores, editores, cantantes, periodistas y el público «fan» de los tres humoristas. Empezó a correr la voz de que Quino no llegaría: estaba enfermo. ¿Excusas? Pero Quino sí había llegado. Quino sí llegó, pero la noticia de que no se autorizaba la celebración del coloquio abierto también llegó. Perich y Cesc ya saben de estas cosas. Quino —¿sorprendido?, ¿enojado?— sonrió y se encogió de hombros. Es hombre de pocas palabras,



Quino: «Me puse enfermo de envidia y emoción ante los Picasso y Gaudí».

LOS COMPLEJOS DEL PADRE DE MAFALDA

educado, prudente, sólo dijo que procedente él de un país como Argentina... ¿qué pudo decir? Por un lado quedó aliviado, porque estaba aterrizado por tener que hablar en público; por otro, lo lamentó: por el público, por la editora, por el Drugstore, que había organizado el acto y gastado sus pesetas, porque le hacía cierta ilusión el coloquio con Perich y Cesc, a quienes admira mucho. No fue a ahogar sus penas a Boccaccio ni a ninguna «boite» nocturna: se fue a descansar, al hotel, porque el rumor de que estaba indispuerto resultó cierto. Lo contó al día siguiente, cuando firmaba ejemplares de *Mafalda* en las librerías (en muchas de las cuales, por cierto, no se atrevieron a anunciar por los altavoces que Quino estaba allí firmando... ¿porque la noche anterior habían prohibido el coloquio?, ¿por instinto de conservación, ya que, con razón, los libreros andan escamados este año con tanto destrozo en librerías?). El contó que sí, que se había indispuerto: se le desencadenó una descomposición intestinal al ver el parque Güell y el museo Picasso. «Los argentinos tenemos un gran complejo de inferioridad respecto a Europa. Cuando mi representante me dice: "Mira, que han

comprado los derechos de *Mafalda* en Alemania, y lo van a publicar", me quedo de una pieza, pensando con terror, ¿qué van a decir en Europa de mis porquerías? Llego a Barcelona y veo las obras de Gaudí y de Picasso, y ya has visto, me pongo enfermo, sí, sí; enfermo de la emoción y de la envidia. Claro, envidia al contemplar esas obras geniales y pensar que Picasso de joven ya dibujaba estas cosas, ya era lo que quería ser: un genio. En cambio yo he conseguido ser lo que pretendía de chico: humorista, pero después, cuando alcancé cierto éxito con las tiras de *Mafalda*, lo que deseaba ser era pintor, y ya ves, sigo con las tiras». Entre firma y firma, Quino se explica: no rehúsa a la prensa en Madrid, cuando el conserje decía que el señor Quino no estaba en el hotel en todo el día era cierto. Quino y su familia han paseado, contemplado, admirado todos los museos de Madrid y Barcelona. «Esto es maravilloso, me he quedado pasmado: aquí todo es vicio. En Argentina, lo más viejo no alcanza doscientos años, y, además, lo destruyen. No valen protestas de intelectuales ni nada». Estuvo en el teatro del Liceo, presenciando la actuación del ballet Kirov, la misma noche en que asistía la princesa Sofía. «Si en

Buenos Aires tuviéramos un teatro como éste y una princesa...». La esposa de Quino insiste que se compre un traje, jerseys, alguna camisa. Quino sólo dispone del vestuario que lleva puesto. Dice que bueno, pero ya está harto de dar vueltas por la ciudad sin encontrar un pantalón a la medida. Despiestado, su mujer o los hermanos le recuerdan que se le enfría el café con leche, le ponen el azúcar, vuelven con la cucharilla, le ponen la taza en la mano y tras insistir ellos varias veces, Quino parece despertar: «¡Ah, el café». «Me llamo Joaquín Salvador Lavado, pero no me enteré hasta cumplir los cinco años, en el colegio». *Mafalda* nació por encargo de una fábrica de electrodomésticos, había que crear una tira mezcla de Pinuts y Dagwood. Del primer libro se agotaron 5.000 ejemplares en dos días. «Hay quien dice que esta nena es una enana. Pero no es un genio ni un monstruo. Se me ocurrió meterme en la piel de un niño que en la escuela y en su casa le enseñan que hay que ser bueno, no pegar, ser moral, etcétera, una nena que ve el noticiero por televisión, y todos, en el mundo adulto, la enseñan cosas que luego no sirven para nada. Creo que es la primera tira que cuestiona la política. Si los niños leen *Mafalda*, después preguntan a su papá qué es esa guerra en Vietnam». Está muy nervioso, mañana se va a Londres, su mujer no sabe inglés, y él teme perderse, incomprendido por el escaso conocimiento del idioma, por las calles londinenses. «He dormido fatal, con pesadillas. He soñado toda la noche que hablaba a una piedra enorme, llena de inscripciones, como las que vi en el museo Románico». Después de Londres, Suiza, Alemania, hasta Finlandia, donde últimamente ha estallado el «boom» *Mafalda*. Tímido, atento, correcto, un poco angustiado: dice que el mundo anda muy mal, con expresión en la que no asoma la esperanza. El viaje por Europa le llena de emoción y de temor. Comprensible, si reacciona ante las obras de arte que le aguardan como ha reaccionado con Picasso y Gaudí, Quino, Joaquín Salvador Lavado, terminará con el aparato digestivo hecho cisco. ■ ANA MARIA MOIX. Foto: COLITA.

